

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XXVI



Córdoba, 2019

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XXVI

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Diputación de Córdoba, Departamento de Ediciones y Publicaciones

Córdoba, 2019



Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XXVI

Consejo de Redacción

Coordinador

Juan Gregorio Nevado Calero

Vocales

Fernando Leiva Briones

Manuel García Hurtado

Juan P. Gutiérrez García

José Manuel Domínguez Pozo

Manuel Muñoz Rojo

Edita e Imprime: Diputación de Córdoba
Ediciones y Publicaciones.

Foto Portada: Vista de Iznájar desde el Sur. Foto de Miguel Gutiérrez Ortiz.

I.S.B.N. Autor : 978-84-09-15919-2

Depósito Legal: CO 1821 - 2019

JUAN VALERA: UNA AUTOCONFESIÓN EN SU NOVELA “PEPITA JIMÉNEZ”

Antonio Roldán García
Cronista Oficial de Cabra

I

(ENTRE MIRIÑAQUES)

De las faldas de su madre, **Dolores Alcalá-Galiano**, el joven egabrense caerá, durante su estancia en Granada, en otras, las de **María Eugenia del Montijo**. Allí, en sus famosos Salones aprenderá a entrar en la dinámica de la conversación fácil y en la conquista de la hembra tanto soltera como casada. Todo consiste en jugar. Y eso es lo que hará durante toda su vida.

En 1843, a los 19 años, en Madrid se “enamora” perdidamente de la escritora **Gertrudis Gómez de Avellaneda**, diez años mayor que él. Detengo el cliché en este momento y anoto este dato que va a ser importante para su análisis posterior. Naturalmente que la de Avellaneda no corresponde a este impulso fogoso procedente del Sur. Pero el amor es un simple juego en la línea progresiva de Juan Valera. Por contra, ante el desprecio de Gertrudis, él frecuenta los Salones del Duque de Frías donde, según las cartas que remite a su madre, hace auténticos estragos entre solteronas y casadas. Así mismo en el salón del Duque de Rivas, su tío, con la ya madurita **Condesa de Cabarrús**.

Y lo cuenta con una soltura sorprendente a sus padres por carta.

Cuando a los 24 años marcha a Nápoles, su obsesión es la de divertirse con damas. Sostiene un devaneo amoroso con la **Marquesa de Villagarcía**, “*La Saladita*” y a partir de aquí nuestro irónico escritor comienza a poner motes a sus amantes: digo a sus amantes, a toda la que se cruza en su camino.

Otra “pasión” más fuerte, otra casada, esta vez 20 años mayor que él: **Llucia Palladi**, Marquesa de Bedmar. La flecha que atraviesa el corazón “enamorado” de Valera es tan intensa que ni se da cuenta que ella lo mira como si realmente fuera su madre. La Palladi tampoco se quedará sin apodo y por falta de uno cargará con dos: “*La Griega*” y “*La Muerta*”... Ya va resultando familiar esta serie de enamoramientos del escritor.

En 1850 empieza a intentar jugar con casarse. Se arrima a **Malvina**, hija del Duque de Rivas, por lo tanto, su prima. La cosa no fragua. Malvina es unos años más joven que él. Nuestro “Don Juan” la llamará desde entonces “*La Culebrosa*”.

Por ese mismo tiempo, a sus 26 años, conoce en Lisboa en la Tertulia del Marqués de Fronteira a la princesa **Ana**, "*La Tuerta*", y sus diversiones no se quedan con el mero flirteo. El escarceo ha llegado ya a la consecuencia de que la relación hay que consumarla en la cama; cuantas más mejor. Y sigue comunicándole por carta a su madre todas esas conquistas. (Él que era precisamente un auténtico artista en el género epistolar.)

La familia, en Cabra y Doña Mencía, pasa por momentos económicos difíciles. Valera piensa que la solución pecuniaria de sus progenitores se salvará con un buen partido. Por poco se casa esta vez con **Josefa Pacheco**, "*La Extremeña*". Como el asunto no se cuajó, Valera da un resplido de satisfacción. Acude después a Cádiz en busca de faldas adineradas, y entabla relación con **Julia**; otra nueva novia, otro nuevo epíteto "*La Ojerosa*".

En el 1853, destinado en Río de Janeiro, consiguió "amar" y ser amado. Ahora no se trata de una casada, aunque sí 18 años mayor que él: **Arminda**. Resulta curioso constatar que, en un principio, esta mujer no quiso saber nada de galanteos, pero luego sucumbió "*La Artista*" ante la seducción del egabrense.

Un acontecimiento: a su Jefe de Delegación en Brasil, José Delavat, le ha nacido una hija: **Dolores**. Valera la conoce a sus dos añitos, y mira por dónde tampoco la encuentra bonita, ya la bautizó como "*La Curiana*".

A los 32 años de edad, cuando en San Petersburgo iba de rafia y enaguas con su amigo Eulogio Florentino Sanz, se extrañaba del entusiasmo sexual de aquellas hembras y de sus libres costumbres amoratorias. Insiste en su jactancia, a través de cartas, de sus correrías y aventuras.

Y en Rusia le espera otro flechazo de época a Don Juan. Se "enamora" ¿se enamora? ¿es adecuado seguir usando este verbo? Otra mujer adulta, veinte años mayor que él, una actriz, **Magdalena Broham**. Curiosamente no he encontrado el sobrenombre de esta mujer. No obstante, la Broham no sucumbe ante la presencia de don Juan. A pesar de los datos hallados, se sabe que Valera la consideró como trofeo por habérsela ganado al Duque de Osuna.

Y así van pasando los años. Ya cuenta con 43 y ahora es la época de visitar a sus hermanas. Está escaso de cariño y acude a ellas. ¿Por qué? Necesita el equilibrio desperdigado en muchos días y la estabilidad emocional que nunca encontró.

Es necesario traer a escena de nuevo a "*La Curiana*". Esta jovencita ya tiene 21 años. Se celebra el matrimonio de Juan Valera y Alcalá-Galiano de 44 años de edad con **Dolores Delavat** de 21, en París. ¿Qué ha sucedido? ¿Se ha invertido el complejo de Electra que el protagonista padecía y se ha convertido en complejo de Edipo? O es una venganza consciente (como insinúa Jiménez Martos)¹ o inconsciente por no haber podido dominar a la Gómez de Avellaneda, a la Palladi o a la Broham. Este matrimonio será catastrófico.

En el 72, muere la madre de Valera. Esto le hace volver a Cabra y durante la permanencia de don Juan en estas tierras y por estas fechas, se separa de Dolores. (Se despide de dos mujeres: la **Madre** y **Esposa**).

Tres años después, le contará a su mujer, por carta, sus andanzas a la saga de faldas con Marcelino Menéndez Pelayo en Madrid. Muerta la madre, ahora necesita

¹ Jiménez Martos, Luis. "Valera, un liberal entre dos fuegos". Ed. EPESA. Madrid, 1973.

narrar sus contactos sexuales a otra madre, su joven esposa separada pero con la que va teniendo sucesivamente hijos: Luis, Carlos, Carmen...

Pero quizás el suceso más curioso de este hombre acaecerá durante su estancia en Washington. En el periodo de tiempo que transcurre desde 1883 hasta 1886, se dedicará a leer versos a sus "amiguitas". Una muchacha se enamora de este sesentón diplomático con aires de poeta: **Katherine Lee Bayard**. Aquí, de nuevo, la pasión amorosa en los extremos opuestos de las edades. ¿No ocurrió con él antes? Los papeles se invierten en este caso. Claro que Valera ha jugado al amor ya mucho tiempo para dejarse atrapar en unas redes tan sutiles y jóvenes. Pero el paroxismo llegará el día en que Valera es trasladado de Washington a Bruselas. Katherine se suicida en la misma embajada al saber que el escritor se marcha.

Una dama que revoloteó en la vida del egabrense y que por cierto ha pasado casi inadvertida por los biógrafos de Juan Valera fue **Corina Rivas**. Luis Jiménez en su acertadísima obra "*Valera, un liberal entre dos fuegos*" recoge un texto valeriano enviado a Menéndez Pelayo en el que dice así respecto de ella: "...es la mujer por quien he tenido y tengo desde hace 30 años, el más poético y extraño afecto de que son capaces los corazones humanos..." y como el biógrafo continúa diciendo: "*Es ésta una confesión que vale por la pieza que faltaba para encajar el cuadro de los sentimientos de Valera en su relación con la mujer.*"²

Luego, incluso semanas antes de su muerte, la escritora **Pardo Bazán** (a quien Juan Valera no tenía en gran estima) cuenta cómo solía acompañar hasta la puerta de su casa a las señoras que asistían a sus tertulias, aún teniéndose que apoyar en las paredes para no perder su compostura de galán vencido por los años y la ceguera.

Soy consciente de que en la secuenciación de estas imágenes femeninas he sido muy rápido. Así y todo pienso que han valido para crear un panorama de algo que quizás ni se sospechaba siquiera.

Pero ¿qué pensaba realmente de las mujeres Juan Valera? ¿Existió un complejo maternal en su vida que lo hizo inmaduro con respecto al otro sexo? ¿Se trataba de un simple juego amoroso o por el contrario era todo una gran mascarada para encubrir la frustración del amor-madre-esposa-mujer-hembra-hombre-casanova-efebo griego-niño?

Acaso se pueda atisbar algo de ello al estudiar los personajes de sus obras. Porque al fin y al cabo la verdad de un escritor está en sus libros, radica en el perfil de sus protagonistas; y la propia vida (la del autor), a veces se vuelve pura anécdota.

II

(AUTORETRATO VALERIANO EN "PEPITA JIMÉNEZ")

Es sabido que don Juan era amante de enviar cartas contando aventuras y pensamientos a sus amigos y familiares. Realmente incluso sus andanzas eróticas las ponía de manifiesto sin recato alguno tanto a su madre como a su esposa. Y como indiscutible maestro del género, una de sus mejores obras, **PEPITA JIMÉNEZ**, está narrada en forma epistolar.

Será necesario tomar esta novela entre las manos y abrir sus hojas. En las páginas primeras, aparece una carta de las que el seminarista **Luis de Vargas** remitía a su tío. En ella se puede estudiar cuáles eran los detalles que más le atraían de la mujer.

² *Ibidem*.

¿Pero es verdaderamente este protagonista masculino quien toma la personalidad del escritor? Me atrevería a decir que no. Destacaré el texto: “*Hay en ella un sosiego, una paz exterior, que puede provenir de FRIALDAD DE ESPÍRITU Y DE CORAZÓN, de estar muy sobre sí y de CALCULARLO TODO, SINTIENDO POCO O NADA, y pudiera provenir también de otras pendas que hubiera en su alma: de la tranquilidad de su conciencia, de la pureza de sus aspiraciones y del pensamiento de CUMPLIR EN ESTA VIDA CON LOS DEBERES QUE LA SOCIEDAD IMPONE, fijando la mente, como término, en esperanzas más altas. Ello es lo cierto que, o bien porque en esta mujer TODO ES CÁLCULO, sin elevarse su mente a superiores esferas, o bien porque enlaza la prosa del vivir con la poesía de sus ensueños con la perfecta armonía, NO HAY EN ELLA NADA QUE DESENTONE DEL CUADRO GENERAL EN QUE ESTÁ COLOCADA, y sin embargo, posee una distinción natural que la levanta y separa de cuanto la rodea. No afecta vestir traje aldeano, ni se viste tampoco según las modas de las ciudades: mezcla ambos estilos en su vestir, de modo que parece una señora, pero UNA SEÑORA DE LUGAR. Disimula mucho a lo que yo presumo, EL CUIDADO QUE TIENE DE SU PERSONA: no se advierten en ella ni cosmético ni afeites; pero la blancura de sus manos, las uñas tan bien cuidadas y acicaladas, y todo el aseo y pulcritud con que está vestida denotan que cuida de estas cosas más de lo que pudiera creerse en una persona que vive en un pueblo y que además dicen que desdeña las vanidades del mundo y sólo piensa en las cosas del cielo...*”³

¿No se está describiendo a sí mismo Juan Valera? ¿Acaso no existe en esta enumeración de perfiles una ósmosis en la que el autor presta su sangre vital y su filosofía ante las cosas a su protagonista principal? Por supuesto que aquí las cede a una mujer. Todos esos rasgos encajan con el escritor egabrense a la perfección. Y por si queda duda alguna, préstese atención a lo que más adelante añade: “*...al ver todo esto no sé qué pensar pero más a menudo me inclino a creer que ella SE AMA A SÍ MISMA SOBRE TODO, y que para recreo y para efusión de este amor tiene los gatos, los canarios, las flores y el propio Niño Jesús, que en el fondo de su alma tal vez no esté muy por encima de los canarios y de los gatos...*”⁴

No debe sorprender esta imbuición de caracteres propios de Juan Valera en su personaje femenino más universal y conseguido, ya que es común en todos los autores occidentales, desde Homero, usar la táctica del despiste a la hora de su proyección en su obra. De esto sabía mucho un contemporáneo suyo, el creador más importante de la literatura francesa: Marcel Proust, y por ello su “*À la recherche du temp perdu*” se impregna de ese ambiente egocéntrico en todos los rincones.

También puede observarse a Juan Valera reflejado en Pepita a lo largo de la serie de las cartas de la novela. ¿Es casual que la viudita de veinte abriles se vea forzada a casarse con Pedro Vargas, que perfectamente podría ser su padre? ¿No hay una traslación de su propia identidad cuando se enamora él a los diecisiete o los veinte de la Avellaneda o la Palladi? ¿Se trata de la justificación de su relación ya de viejo (le triplicaba la edad) con Katherine Lee Bayard?

De todo hay un poco; Pepita Jiménez se une en matrimonio con un hombre de sus años aproximadamente, Juan Valera doblaba la edad a la joven con la que contrajo nupcias y este casorio desembocaría en un auténtico fracaso. Quizás no aplicó a su vida real la vida de pensamiento que hilaba en sus escritos. Porque el mismo tema se repetirá en **JUANITA LA LARGA**.

³ Valera, Juan. “Pepita Jiménez”. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid, 1969.

⁴ *Ibíd.*

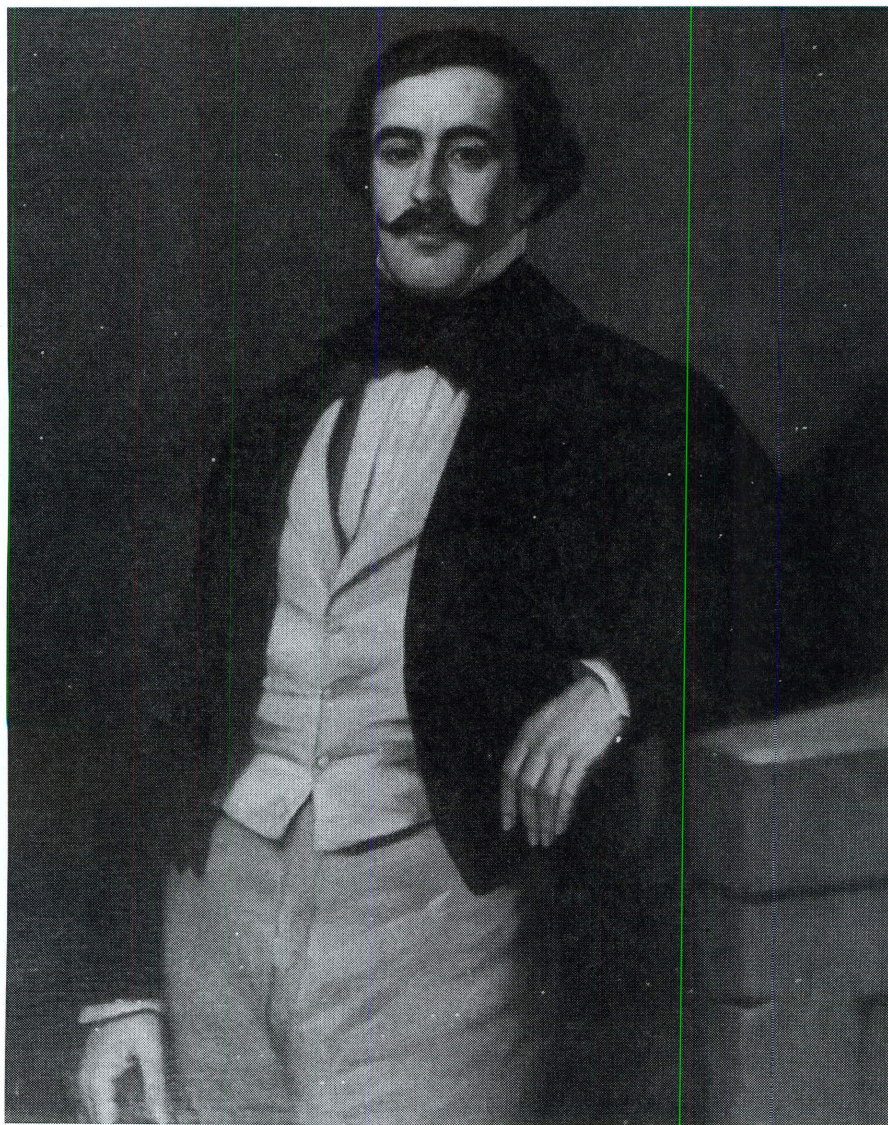
Según Valera, el varón es un mero juguete en manos del destino amoroso que rige la hembra. He aquí otro fragmento revelador de lo que se intenta exponer:

*"...Mi padre dice que no son los hombres, sino las mujeres las que toman la iniciativa, y que la toman sin responsabilidad, y pudiendo negar declara por medio de miradas fugaces, que ella misma niega más tarde a su propia conciencia, si es menester, y de las cuales, más que leer logra el hombre a quien van dirigidas adivinar el significado. De esta suerte caza por medio de una conmoción, eléctrica casi por medio de una sutilísima e inexplicable intuición, se percató el que es amado y luego, cuando se resuelve a hablar, va ya sobre seguro y con plena confianza de la correspondencia..."*⁵

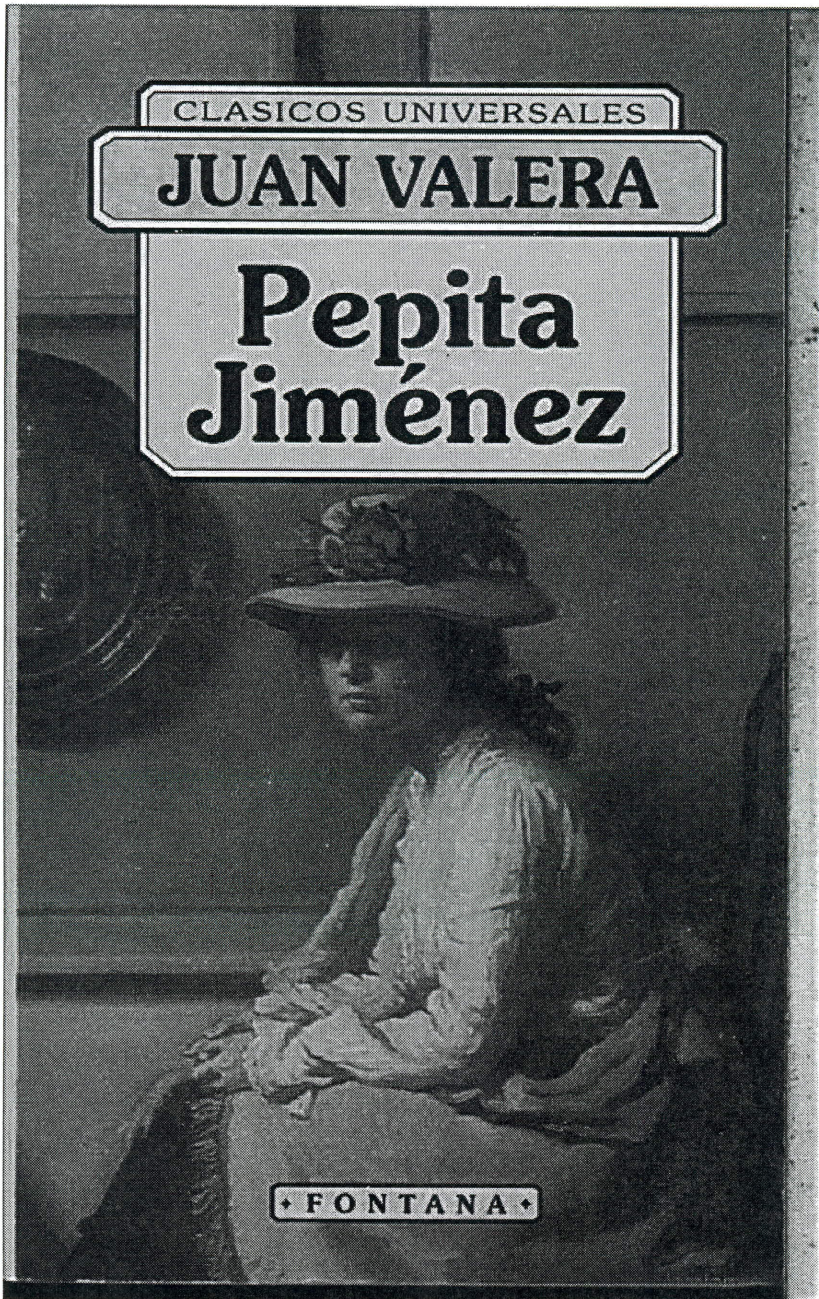
La mujer es la que rige el juego de amor como afirma la pluma del novelista. Puede que se esté ahora en mejores condiciones de entender y comprender un poco más a este "burlón de la vida", a ese jugador irónico, elegante y flemático egabrense y que no conseguiría la felicidad en el campo amoroso-afectivo, a este niño enamorado de su MADRE, que buscó en todas las mujeres las cualidades de aquella Marquesa de la Paniega "SEÑORA DE LUGAR". Este niño-hombre no pudo madurar en su singularidad, por eso no se hizo monógamo. El juego erótico de su mascarada continua no consistía en otra cosa sino en disimular socialmente su frustración.

Y tampoco, a pesar de que Juan Valera es un CLÁSICO, llegaron las cosas a la tragedia. Como buen racionalista la cariátide de su flema-pensamiento-razón le sostuvo y le equilibró del desfase amatorio. Un sentido de la vida helénico le dominaría siempre. No lo encuadro como un escritor romántico, ni realista, ni naturalista ni costumbrista. Fue un griego fuera de tiempo y espacio.

⁵ *Ibídem.*



1. Retrato de Juan Valera joven.



2. Portada de la novela "Pepita Jiménez".



3. Monumento a Juan Valera en Cabra (Córdoba).



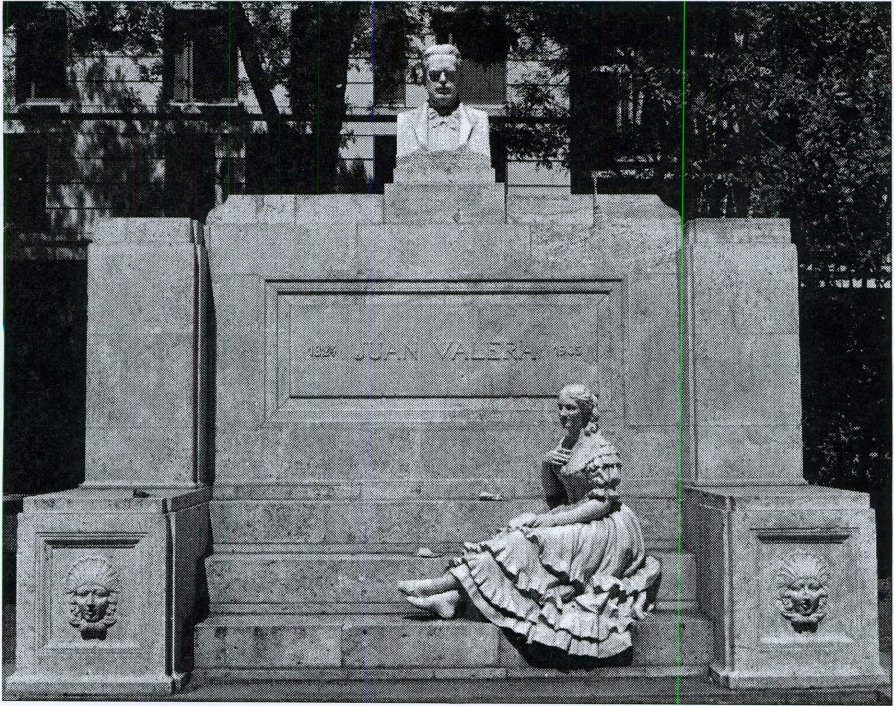
4. "Luis de Vargas y Pepita". Ilustración de Lozano Sidro para una edición de la novela "Pepita Jiménez" Ed. Calpe, 1925.



5. Isaac Albéniz llevó la obra de Valera "Pepita Jiménez" al arte de la Ópera.



6. Retrato de Juan Valera diplomático.



7. Monumento a Juan Valera en el Paseo de Recoletos en Madrid.



**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**

